

NEW LEFT REVIEW 79

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO ABRIL 2013

ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	¿Las últimas elecciones blancas?	7
CHRISTOPHER JOHNSON	Todo consumido	61

ENTREVISTA

CLAUDE LÉVI-STRAUSS	La puesta de sol	77
---------------------	------------------	----

ARTÍCULOS

KEVIN GRAY	Las culturas políticas de Corea del Sur	91
JIWEI XIAO	La mirada de un viajero	111
BOLÍVAR ECHEVERRÍA	<i>Homo Legens</i>	131

CRÍTICA

ADAM TOOZE	Imperios en guerra	143
ROBIN BLACKBURN	Finanzas para anarquistas	155
GREGOR MCLENNAN	Una cartografía de la teoría radical	166

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



CRÍTICA

David Graeber, *Debt: The First 5,000 years*, Nueva York, Melville House, 2011, 534 pp.

ROBIN BLACKBURN

FINANZAS PARA ANARQUISTAS

Debt: The First 5,000 Years, el libro de David Graeber, puede verse bien como la contribución de un antropólogo a la nueva historia global como el credo intelectual de un militante-investigador anticapitalista. El proyecto de escribir una historia de las maquinaciones financieras combina agradablemente una deconstrucción de la deuda con los argumentos para considerar la crisis de 2008 como un decisivo punto de inflexión. En esta óptica, los acontecimientos recientes son un giro más en un viejo debate entre ricos y pobres, acreedores y deudores, la máquina del dinero y la causa de la supervivencia y prosperidad del hombre. Está escrito con un contagioso buen humor y una entrañable generosidad radical. «Quizá el mundo realmente te debe un medio de vida», sugiere Graeber. En la tradición de Lafargue y Bakunin, habla a favor de los pobres no trabajadores: «Por lo menos no hacen daño a nadie. En la medida en que el tiempo que pasan sin trabajar lo emplean con amigos y familiares, disfrutando y cuidando a los que aman, probablemente están mejorando el mundo más de lo que reconocemos». Es fácil de ver por qué su libro ha obtenido una audiencia tan amplia entre los endeudados estudiantes jóvenes, los trabajadores y no trabajadores del Movimiento Occupy.

Debt no tiene una narrativa lineal. La primera mitad del libro consta de extensos capítulos sobre las nociones de obligación, trueque, redención y honor. A continuación sigue lo que al principio parece ser una convencional secuencia cronológica, empezando con la prehistoria, siguiendo por el

antiguo Oriente Próximo, Roma y Grecia, China e India, antes de trasladarse a la Edad Axial (800 a.C. al 600 d.C.), la Edad Media, la «Edad de los Grandes Imperios Capitalistas» y finalmente, al periodo que se inicia en 1971, denominado «El principio de algo todavía por determinar». La aparente secuencia de etapas históricas se interrumpe a menudo, según Graeber pasa de consideraciones sobre la Irlanda medieval al África contemporánea, de la ley romana al comercio atlántico. A menudo insiste en similitudes transtemporales, vinculando el pasado, incluso el pasado remoto, con acontecimientos recientes; la propensión de los mercados para quedar fuera de control es un tema recurrente. El lector debería ser un erudito para no aprender mucho de estas fascinantes discusiones en las que para remarcar su crítica, Graeber, como Marx, a menudo cita obras de literatura –Rabelais, Goethe, *La Biblia*, *Las mil y una noches*– en vez de a los grandes economistas.

En los capítulos iniciales de *Debt*, Graeber aprovecha una variedad de investigación antropológica para apoyar su razonamiento de que los mercados no integrados, el dinero y la deuda de la teoría económica neoclásica son construcciones abstractas y arbitrarias que, comparativamente, se han inventado recientemente. El intercambio real siempre reunió no solamente a dos individuos, considerados como tomadores o fijadores de precios, sino a dos (o más) mundos sociales con reivindicaciones, supuestos y expectativas parcialmente solapadas. El acto aparentemente simple de intercambio siempre generó desiguales obligaciones y discrepantes temporalidades. La deuda y el crédito eran facilitadores decisivos, como lo eran mecanismos como el pago de tasas para iniciar el intercambio, o incluso el pequeño cambio del discurso educado: «agradecido», «por favor» y «gracias» todos eran términos expresivos de endeudamiento personal.

Lo que convierte una obligación en una deuda, señala Graeber, es que puede expresarse y calcularse en términos cuantitativos, induciendo la idea de que el dinero y el mercado reducen la calidad a cantidad. Sin embargo, Graeber apunta a otra conclusión. Echa por tierra la idea de que el trueque fue el primer tipo de economía, y lo considera menos importante que la evolución del dinero:

No empezamos con el trueque, descubrimos el dinero y después finalmente descubrimos los sistemas de crédito. Sucedió precisamente al revés. Lo que ahora llamamos dinero virtual llegó el primero. La moneda llegó mucho más tarde y su utilización se propagó solo desigualmente, sin llegar a remplazar por completo a los sistemas de crédito. El trueque, a su vez, parece ser en gran parte una cierta clase de subproducto accidental de la utilización de la moneda o del papel moneda: históricamente ha sido sobre todo lo que hace la gente que está acostumbrada a transacciones en efectivo cuando por una u otra razón no disponen de moneda.

Graeber explica que antes del intercambio generalizado muchas sociedades tenían diferentes monedas, algunas dedicadas a pequeñas transacciones orientadas al consumo diario, otras a regular y promover relaciones humanas básicas. Graeber cita el caso de sociedades tribales en África y América del Norte que han tenido monedas especiales para facilitar el matrimonio, o para prevenir interminables disputas que surgen de un homicidio. La pérdida de una hija por un clan o una familia aparentemente crea un derecho a recibir un «pago» en barras de latón, dientes de ballena o *wampun*¹. Similares muestras con un valor especial se ofrecían cuando un miembro de la familia había sido asesinado. La «moneda» empleada no era parte de ningún sistema que tuviera equivalencias –como señala Graeber respecto al pueblo *tiv* de la Nigeria rural, «ninguna cantidad de *okra te* podía proporcionar un bastón de latón, igual que, en principio, ninguna cantidad de bastones de latón podía darte plenos derechos sobre una mujer»– sino que estaba limitada en realidad a dejar constancia de una obligación especial que solo podía empezar a resolverse cuando fuera posible ofrecer, en restitución, una pareja para casarse. Incluso entonces, hasta que el matrimonio tuviera hijos no comenzaría verdaderamente la restitución. Como los pagos de dotes de novias, ofrecer bastones de latón o *wampum* no era el precio de algo, sino un mecanismo para dejar constancia de una obligación que ninguna moneda podía solventar.

Otra forma de obligación era la deuda de sangre, que fácilmente podía generar dependencia ya que los deudores se comprometían ellos mismos o a sus hijos como prendas. En condiciones normales la deuda podía ser fácil de saldar una vez que llegaba la cosecha o cuando acababa la sequía, y la situación de ser un rehén por deudas no era necesariamente gravosa en sí misma. Pero si las condiciones no mejoraban y si las redes comerciales daban nuevas opciones a los acreedores, saldar la deuda podía finalmente exigir que el deudor pagara con los cuerpos de los miembros de su familia. Los comerciantes podían apoderarse de los rehenes de deudores incapaces de pagar: Graeber señala que esta fue una de las fuentes del tráfico de esclavos en general y del comercio atlántico de esclavos en particular. (Sin embargo, hay que señalar que la desigualdad de género del tráfico del Atlántico –con dos tercios de sus víctimas hombres o niños– era muy diferente al típico modelo de peonaje por deudas, cuyas víctimas eran desproporcionadamente femeninas).

Filosóficamente, Graeber discrepa de la afirmación de Nietzsche, en la *genealogía de la moral*, de que la tribu debe exigir el último sacrificio –y el miembro de la tribu perder sus miembros– porque los espíritus de los antepasados siguen presentes y la tribu les debe todo. Aquellos que retratan a las sociedades humanas soportando una deuda primordial con los antepasados

¹ El *wampum* es un cordel o cinturón de abalorios [N. del T.].

se extravían, sostiene Graeber, si defienden una propensión universal para intercambiar, comparar y calcular. El argumento de Nietzsche sobre la deuda primordial es, en su opinión, «un juego realizado enteramente dentro de las fronteras del pensamiento burgués». Puede refutar o calificar las heroicas simplificaciones del individualismo liberal, pero permanece subordinado a un mítico régimen de cálculo: «ojo por ojo y diente por diente». A las fantasías de Nietzsche sobre «salvajes cazadores cortando pedazos de los cuerpos de otros», Graeber contrapone la declaración de un cazador-recolector inuit sacada del libro de Peter Freuchen, *Book of Eskimos*:

«¡Allí en nuestro país, nosotros somos humanos!» dijo el cazador. «Y ya que somos humanos nos ayudamos los unos a los otros. No nos gusta que nadie dé las gracias por eso. Lo que obtengo hoy lo puedes obtener tú mañana. Aquí decimos que con los regalos uno hace esclavos y con los látigos, perros».

Los cazadores exitosos sentían una obligación con los que no lo eran que iba más allá del cálculo cuantitativo. Graeber reconoce que aquí hay algún elemento de intercambio, pero sostiene que los sistemas de intercambio son típicamente una superestructura que descansa y se apoya en una red de ayuda y cooperación mutua a la que denomina «comunismo de base».

En otros lugares sugiere que el intercambio, la jerarquía y el comunismo son «los tres principales principios morales sobre los que pueden fundarse las relaciones económicas»; los tres «se dan en cualquier sociedad humana», a menudo combinados. Ya sea en el pueblo medieval o en la fábrica capitalista, el proceso de producción se apoya en actos de colaboración a pequeña escala entre los productores directos. Pero más allá de esto, para Graeber el comunismo de base está implícito en todos los intercambios sociales, como preguntar una dirección u ofrecer fuego: «es la materia prima de la sociabilidad, un reconocimiento de nuestra interdependencia final que es la última sustancia de la paz social». El funcionamiento de los mercados y la amenaza de «trampas de deuda» se pueden contrarrestar con prácticas e instituciones que consagran un infinito horizonte de reciprocidad, basado en la idea de que «la sociedad siempre existirá». Si se puede alcanzar semejante confianza existe la garantía de que las obligaciones asumidas en un momento dado serán cumplidas; una posibilidad a la que el cazador inuit se refería como lo que podía suceder «mañana». Graeber nos recuerda que la deuda es polivalente en sus implicaciones. Si sus escollos se pueden sortear entonces puede establecerse una red de obligaciones mutuas que contribuirán a asegurar que la sociedad perdure.

La narrativa histórica que forma la segunda parte del libro se basa en lo que Graeber identifica como una serie de grandes ciclos globales: «Si miramos a la historia de Eurasia en los últimos cinco mil años, lo que vemos es una amplia alternancia entre periodos dominados por el dinero crediticio

y periodos en los que dominaron el oro y la plata». La periodización que desarrolla a continuación está basada en esos ciclos: de la edad de los primeros imperios agrarios (3500-800 a.C.), en la que predominaba el dinero crediticio, a la Edad Axial (800 a.C.-600 d.C.), una época de acuñación y filosofía, la Edad Media, donde el crédito llegó a dominar una vez más, para pasar después a la «Edad de los Grandes Imperios Capitalistas» que, según Graeber, «empezó alrededor de 1450 con un masivo cambio planetario hacia los lingotes de oro y plata, y que solo se puede considerar que termina en 1971, cuando Richard Nixon anunció que el dólar estadounidense ya no sería canjeable por oro». Para Graeber, los «contornos finales» de esta nueva fase –iniciada apenas hace 40 años– «son necesariamente invisibles».

El motor impulsor de estas alternancias históricas, según Graeber, «parece ser la guerra»: «Aunque los sistemas de crédito tienden a dominar en periodos de relativa paz social o en redes de confianza [...], en periodos caracterizados por la guerra y el pillaje generalizados tienden a ser sustituidos por el metal precioso». El oro y la plata tienen la ventaja de simplificar las transacciones –y ser fáciles de robar– mientras que el dinero crediticio requiere tener confianza en una red de relaciones y registros más compleja. Graeber señala con sarcasmo que «un itinerante soldado fuertemente armado es un ejemplo perfecto de un elevado riesgo crediticio», al tiempo que pone de relieve la «extraordinaria violencia de la Edad Axial», para proporcionar, a partir de las explicaciones de Geoffrey Ingham sobre los orígenes de la moneda, proporciona un mordaz relato del «entramado maquina militar-moneda-esclavitud» típico de los primeros imperios. La conquista de Persia por Alejandro Magno, por ejemplo, «significó que el sistema persa de minas y fábricas de moneda que existía tuvo que reorganizarse alrededor del ejército invasor; y desde luego, las antiguas minas utilizaban esclavos. A su vez, la mayoría de ellos eran prisioneros de guerra». Como señala *Debt*, «se puede ver cómo este proceso podía alimentarse a sí mismo».

En opinión de Graeber, para la mayoría de los habitantes de la tierra, la Edad Media señaló «una extraordinaria mejoría respecto a los terrores de la Edad Axial». En los nuevos Estados que surgieron de la ruina de los principales territorios imperiales, «se rompió el nexo entre guerra, metales preciosos y esclavitud»; el dinero crediticio resurgió por toda Eurasia tomando formas abstractas, virtuales: papel moneda y palos tallados en la China de los Song, pagarés denominados *sakk* en el mundo islámico, etcétera. Por el contrario, la era de los «Grandes Imperios Capitalistas» marcó un regreso al oro y la plata, acelerado por la conquista española de México que ayudó a desatar la «revolución de los precios» en la Europa del siglo XVI. Graeber señala en todo momento el papel de la coacción, «la particular mezcla europeo occidental de la guerra y el comercio» que llevó el terror y la esclavitud a millones de personas en el mundo colonial.

El ciclo final en el esquema de *longue durée* de Graeber empieza en 1971 con el desmantelamiento de la arquitectura financiera de Bretton Woods. Este desmantelamiento representa una ruptura con el modelo de alternancia analizado en capítulos anteriores. Como señala Graeber, «si la historia es cierta, una edad de dinero virtual debería significar un movimiento que se alejase de la guerra, de la construcción de imperios, de la esclavitud y del peonaje por deudas (asalariado o de otra manera), y se orientase hacia la creación de alguna clase de instituciones generales, a escala global, para proteger a los deudores». Sin embargo, «lo que hemos visto hasta ahora es lo contrario». «La nueva moneda global está anclada en el poder militar incluso con más firmeza que la antigua». Graeber señala que, a partir de la década de 1970, los compradores más activos de bonos del Tesoro estadounidense tendían a ser verdaderos protectorados militares de Estados Unidos: Alemania Occidental, Japón, Corea. En opinión de Graeber, «la llegada de la libre flotación del dólar no señala una ruptura de la alianza de guerreros y financieros, sobre la que se fundó originalmente el propio capitalismo, sino su apoteosis final». Sin embargo, apenas llevamos cuarenta años en la nueva fase que, con el ascenso de China, podría finalmente asentarse en un modelo histórico más familiar: quizá estamos asistiendo a la «primera etapa de un proceso muy largo de reducir a Estados Unidos a algo parecido a un tradicional Estado cliente chino».

El libro está más preocupado por las premisas sociales de la buena vida que por una dialéctica histórica de las formas de trabajo o emancipación social; Graeber está escribiendo una historia de la deuda y no una historia de la productividad ni de los sistemas subyacentes de producción agrícola o industrial. Considera que los conflictos sobre la deuda y el endeudamiento han proporcionado el punto principal para las luchas de clases históricas, en las que los conflictos sobre salarios, condiciones y derechos organizativos eran menos importantes. Realmente, propone que el trabajo asalariado libre ha sido mucho más excepcional de lo que normalmente se considera y que diversos regímenes de peonaje por deudas, servidumbre y esclavitud han sido proporcionalmente mucho más importantes. Sin rechazar por completo al proletariado, está contento de ensalzar a los «pobres no trabajadores» como agentes del cambio. Cuando propone que «la acumulación primitiva» no debería considerarse como una fase distante, que se produjo una vez por todas a comienzos del periodo moderno, tiene razón y sintoniza con gran parte de la investigación reciente. Pero está en una posición más débil al negar que haya un necesario (aunque muy desigual) vínculo entre trabajo asalariado y capitalismo. Desde luego, los trabajadores asalariados a menudo han cobrado parcialmente en especie, o con vales que solo pueden utilizar en el almacén de la empresa. La coacción extraeconómica se ha utilizado frecuentemente como complemento. Pero el desarrollo del capitalismo

a menudo también aumentó la eficacia de la compulsión económica, con la deuda desempeñando un papel complementario. El propio Graeber reproduce datos sobre índices salariales ingleses desde varios siglos atrás, y sostiene que el capitalismo se desarrolló en el campo inglés mucho antes de la Revolución industrial. También cita datos más recientes sobre la creciente brecha entre los aumentos de la productividad laboral en Estados Unidos y los índices salariales próximos al estancamiento. Actualmente, unos cuantos miles de millones de personas por todo el mundo –quizá la mitad de la raza humana– depende de sueldos y salarios para cubrir las necesidades de vida. Y los salarios bajos y el endeudamiento de los pobres han hecho una gigantesca contribución a los desequilibrios globales y a la crisis financiera, algo con lo que sin duda estaría de acuerdo Graeber.

Esta falta de atención a las relaciones sociales de producción significa, por ejemplo, que no consiga reflejar la complejidad del funcionamiento del dominio español en las Américas, perdiendo de vista el elemento del trabajo asalariado libre que incorporó. El trabajo tributario o el trabajo esclavo no estaban bien adaptados a la minería de la plata en las condiciones andinas, porque la simple supervivencia en el frío y árido *altiplano* era probable que absorbiera todas las energías de los esclavos y porque los trabajadores tributarios no permanecían suficiente tiempo como para dominar las técnicas necesarias. Los funcionarios reales encontraron una elaborada manera de circunvalar estas dificultades adaptando el régimen de tributos anterior a la Conquista: se exigió que los pueblos proporcionaran trabajadores para las minas durante seis meses, además de tener que suministrar alimentos y tejidos a las autoridades que los vendían a los trabajadores asalariados en los distritos mineros del *altiplano* a los que se pagaba en plata con tarifas similares a las de los mineros de la plata en Alemania (como explica Pierre Vilar en su clásico *El oro y la moneda en la historia*). Sin embargo, la mayor parte del dinero que recibían como salario se gastaba comprando comida y ropa suministrada como bienes tributarios. De esta manera, el Estado colonial desarrolló una capacidad parecida a la del rey Midas para convertir el maíz y el algodón en plata. Estos acuerdos ilustran el ingenio –y la voracidad– de los funcionarios reales para extraer dinero en metálico. Otras fuentes de ingresos incluían las licencias para la extracción de plata, la tasa de la quinta parte sobre toda la plata extraída, las tasas de transporte e ingresos del *asiento* o la venta del derecho a importar esclavos domésticos.

Hay un recurrente énfasis sobre el gran daño que pueden causar los mercados, especialmente los «mercados libres», pero el objetivo de Graeber no es demonizar una institución muy anterior al capitalismo. En vez de ello, rebate la «falsa elección» que se ofrece entre el mercado y el Estado. La noción de Graeber de «comunismo de base» señala una vital dimensión o escala de la existencia social. La contrasta con cualquier redención mágica

del género humano de los engaños de la propiedad privada y la división del trabajo, alcanzada simplemente con la supresión del mercado: semejante noción se ha demostrado de hecho peligrosa y engañosa, pero no debería implicar que cualquier preocupación por la «propiedad de los medios de producción» sea simplemente otra manifestación del «comunismo mítico». En la época de la globalización, la propiedad pública necesita un replanteamiento radical que sin duda será complejo; requerirá una contribución de varias entrecruzadas encarnaciones de «lo público» –productores, consumidores, comunidades, redes, etcétera– pero no se alcanzará menospreciando el poder de la propiedad capitalista, que siempre ha permitido que el pez grande se comiera al pequeño.

El argumento de Graeber puede estar influenciado por la tradición anarquista, pero en ocasiones permite que el poder del Estado pueda ejercerse de maneras que promuevan la justicia social o el mayor fortalecimiento económico. Sostiene que es absurdo contraponer el Estado y el mercado porque los Estados muy a menudo han creado y sostenido mercados, pagando salarios y suministradores y garantizando las reglas esenciales básicas y los derechos de propiedad. La capacidad del Estado para cancelar la deuda es un hilo conductor del libro, que Graeber retrotrae hasta Mesopotamia y la ofrece como ejemplo de lo que debería hacerse actualmente. *Debt* frecuentemente registra la opresión y explotación invariablemente traída por los Estados, pero ofrece pocos ejemplos del Estado como una institución ambivalente y productiva, que da con una mano lo que recupera con la otra.

En su polémica reconstrucción de escenarios prehistóricos, Graeber frecuentemente apunta a la ideología neoliberal contemporánea, su fundamentalismo de mercado y su fracaso para prever un futuro colectivo verosímil. Aunque a menudo convincente, una de esas bofetadas a la sabiduría convencional –una crítica de un famoso ensayo de Paul Samuelson– me parece un error. Dado que trata directamente sobre el argumento general del libro merece la pena explicar la equivocación. El ensayo de Samuelson, publicado en 1958 en el *Journal of Political Economy*, llevaba por título un tanto árida y técnicamente, *An Exact Consumption-Loan Model of Interest with or without the Social Contrivance of Money* [Un exacto modelo de préstamo-consumo de interés, con o sin el artificio social del dinero]. La queja de Graeber –en sí misma bien justificada– es que Samuelson considera equivocadamente al dinero como un irrelevante velo que cubre las relaciones de producción. Sin embargo, la importancia de este ensayo se encuentra en la resolución que ofrecía a la controversia que rodeaba al programa de la Seguridad Social en Estados Unidos. Como se aprobó originalmente en 1935, había ofrecido cobertura de pensión solamente a aquellos que habían contribuido a él, de manera que, para empezar, había un torrente de contribuciones desprovistas de cualquier prestación. Esto tuvo dos desafortunadas consecuencias:

agravó la recesión de 1938 y dejó sin protección a los trabajadores de más edad. En 1950, se aprobaron enmiendas que acreditaban a estos trabajadores las contribuciones que habrían hecho en los años anteriores a 1935 si hubiera existido el programa. Este supuesto —algunas veces conocido como de «recubrimiento»— permitió que la Administración de la Seguridad Social pagara pensiones mucho más generosas, con consecuencias benignas para los balances macroeconómicos y los ingresos de jubilación de los mayores. Realmente podía considerarse como un mecanismo que representaba los valores humanos y colectivos del cazador inuit: aseguraba que la Seguridad Social cubriera a todos mientras efectuaba una redistribución invisible, ya que todos contribuían y todos se beneficiaban.

El ensayo de Samuelson explicaba por qué esto sería un acuerdo perfectamente viable incluso aunque ofreciera a los trabajadores de más edad algo a cambio de nada. En lo que llamó la «Paradoja de la Seguridad Social», explicaba que siempre habría suficiente en el Fondo Fiduciario de la Seguridad Social para saldar sus obligaciones con los actuales receptores, en la medida que las pensiones que se debían a los contribuyentes actuales iban a ser parcialmente financiadas por aquellos que «todavía no habían nacido». Los críticos objetaron que todo eso estaba muy bien pero, ¿quién iba a pagar las pensiones de «la última generación»? Samuelson pudo mostrar que en tanto el plan sobreviviera y estuviera respaldado por el gobierno, las pensiones futuras serían abonadas; el requisito esencial era la confianza en que el patrocinador (el Estado) seguiría ahí dentro de veinte o cincuenta años (algo que una aseguradora comercial nunca puede prometer).

Mientras que los intelectuales conservadores acentúan la deuda primordial y la imposibilidad de saldarla por completo, el argumento de Samuelson audazmente tomaba prestado del futuro para financiar «un plan de justicia intergeneracional», como lo ha denominado Brian Barry. El propio Samuelson se dio cuenta de que estaba presionando en los límites de la política económica convencional: en defensa de su enfoque citaba las conclusiones de Friedrich Engels, algo que no se hacía despreocupadamente en los Estados Unidos de 1958. Graeber continúa describiendo el periodo posterior a 1945 como un periodo caracterizado por una mayor inclusión social. Las revisiones en 1950 de la Seguridad Social en Estados Unidos —paralelas a las de otros países— fueron una importante contribución a este régimen de protección social, públicamente organizado, que ha mostrado una gran capacidad para resistir los ataques.

Si hay una estructura vagamente cronológica en el libro, no hay ningún sentido de progreso o de avance: Graeber desafía cualquier lectura optimista de la modernidad capitalista, considerando por el contrario al Estado-nación, con su deuda nacional, como el heraldo de guerras más destructivas. Afirma que los analistas más perspicaces del capitalismo estaban convencidos de

que estaba a punto de colapsar: «Prácticamente ninguno de los grandes teóricos del capitalismo, de cualquier lugar del espectro político, Marx, Weber, Schumpeter, von Mises, pensó que era probable que el capitalismo durara más de una o dos generaciones como mucho». Sin embargo, aunque se podrían recopilar citas para apoyar esta afirmación, había otra dimensión en el pensamiento de estos estudiosos del capitalismo que hacía hincapié en su robustez en y a través de los mecanismos de crisis, de la «destrucción creativa» y a pesar de las ideas mal concebidas de muchos aspirantes a críticos. Como señala Graeber, la llegada de las armas nucleares y de otras amenazas a la biosfera hizo que el escenario del colapso fuera más verosímil. Pero aunque sea consciente de esos peligros todavía considera que su mensaje central es de esperanza; las instituciones humanas pueden transformarse profundamente, construyendo a partir del fundamento implícito de un «comunismo de base» con su principio «a cada uno según su capacidad y a cada uno según sus necesidades».

Realmente, Graeber declara que su intención es volver a suscitar un sentido de posibilidad social. No gasta mucho tiempo detallando alternativas, pero insiste que la idea milenaria de una cancelación universal de las deudas sigue siendo el mejor punto de partida. La extraordinaria magnitud de la reciente creación de dinero al servicio de los bancos ha revelado el absurdo de inclinarse ante banqueros y mercaderes de bonos como los amos del reino financiero. El jubileo es más adecuado que nunca. Sin embargo, hubiera estado bien ver por lo menos un bosquejo de lo que sería un mundo sin deuda (¿o sin deuda malsana?). ¿Cómo regularían sus propios asuntos las cooperativas de consumo y los colectivos de trabajadores, las comunidades autoadministradas y las redes y asociaciones cosmopolitas? ¿Necesitarán ellas, como sostenía Proudhon, su propia versión de la inversión y del crédito para poder prosperar? ¿Seguirán siendo necesarios los precios y, si es así, cómo se fijarán? La tendencia del razonamiento de Graeber le lleva a no apostar por una drástica simplificación de la existencia después de la cancelación de la deuda odiosa, sino más bien por la elaboración de nuevas instituciones que encarnen la inclusión social, la desmercantilización y el control democrático. La representación formal combinada con la indefensión económica se rechaza explícitamente. La «deuda nacional» y su democracia encadenada al mercado de obligaciones, igual que el «Estado redistributivo», demasiado a menudo alimenta el clientismo y las «políticas de identidad».

Aunque *Debt* ha aparecido en medio de una crisis financiera, tiene poco que añadir a la cuestión de la quiebra de 2008 y a los desequilibrios que condujeron a ella. Sin embargo, hubiera sido interesante que Graeber hubiera desarrollado sus argumentos un poco más a la luz de esta crisis ya que ha sido muy educativa: pocos negarán ahora que la misma existencia de los

grandes bancos ha dependido de gigantescas y constantes inyecciones de ayuda del Estado y, sin embargo, los bancos continúan acaparando el crédito y perjudicando a la recuperación. Aunque sus condiciones han sido duras, el rescate de General Motors ha mostrado que el crédito público puede reavivar la producción a corto plazo. La conclusión, no obstante, no debería perpetuar un modelo económico obsoleto, sino por el contrario elaborar nuevos tipos de trabajo cooperativo y propiedad colectiva y diferentes productos o servicios.

Este voluminoso tratado sobre la deuda mala muestra la necesidad de nuevos trabajos sobre el crédito saludable. En una venerable tradición, Graeber denuncia el «juego» capitalista. Sin embargo, toda inversión en instalaciones futuras supone un elemento de incertidumbre y una demanda de recursos. Los gobiernos pueden hacer que el dinero necesario aparezca de la nada si esas inversiones se dirigen a afrontar genuinas y efectivas necesidades sociales. Los capitalistas a menudo no son demasiado buenos para detectar y patrocinar innovaciones sociales necesarias, especialmente aquellas que requieren una infraestructura a gran escala y complementaria. La empresa pública –desarrollada sobre un amplio y variado lienzo– es el decisivo ingrediente perdido en un mundo afligido por el endeudamiento, la debilidad de la demanda, la catástrofe climática, la pobreza, la infraestructura tambaleante y la austeridad contraproducente. Graeber contribuye a este debate exponiendo el malo y viejo mundo de la deuda y aclarando el camino para un nuevo horizonte más allá de la mercantilización, quizá iluminado por el crédito público.